



Jesús E. Rodríguez Vaquero

XXXV Pregón Universitario

Cofradía de Estudiantes

Almería 2026

## **SALUDOS Y PREÁMBULO**

Admiradas hermanas del Convento de Las Puras.

Estimados Hermano Mayor, Señor Consiliario y Miembros de la Junta de Gobierno.

Apreciados representantes de instituciones vinculadas a nuestra Hermandad y miembros de otras hermandades que nos acompañáis esta noche.

Queridos hermanos Estudiantes, amigos todos.



Permitidme, que en primer lugar agradezca las palabras de mi presentadora, cuyo cariño, sin duda correspondido, siento siempre muy sincero y cercano. Mujer de criterio, con prudencia, rectitud y eficacia en el trabajo realizado para la Hermandad. Llevamos muchos años en ella y hemos forjado una consolidada amistad. Sus palabras son, sin duda alguna, fruto de esta circunstancia más que del merecimiento de quien os habla.

¡Gracias, querida Carmen!

Es tradicional en los pregones, empezar narrando cómo se gestó este trance, mezcla de responsabilidad y profundo sentimiento de satisfacción, en el que me encuentro esta noche.

Seré fiel a esa costumbre y os cuento: en la tarde del pasado 22 de noviembre, hace tres meses, recibí la llamada del Hermano Mayor para

comunicarme mi designación como pregonero. Hecho que agradezco profunda y sinceramente a la Junta de Gobierno.

Su propuesta me sorprendió y ante la duda que el compromiso y el respeto me impusieron, le pedí unos días para pensarlo.

Inmediatamente, en mi mente se desencadenó una lucha entre los argumentos a favor del no y los contrarios. Tres horas más tarde, lo llamé para aceptar. El sí tuvo más peso en la balanza.

Hubo dos razones para que así fuese:

En primera instancia mi familia, mi esposa y mis hijas que, conociendo mis sentimientos por la Hermandad, supieron manejarlos de la forma más adecuada. Bastó la sencilla frase de “ha llegado tu momento” para que nada pudiese argumentar.

Otro factor que en ningún caso pensé que tuviese esa importancia y que resultó ser decisivo, fue la juventud de la Junta de Gobierno, que de esa manera me brindaba la oportunidad de dar visibilidad a algo que había comentado, meses antes, con uno de los miembros de la misma: *“las diferentes generaciones que convivimos en la hermandad, debemos caminar de la mano, así la haremos más grande y cubriremos con más solvencia nuestros objetivos”*.

Aprovecho la ocasión para agradecer a nuestro hermano José Francisco Siles Cantón su generosidad en la presentación de la candidatura para gestionar este nuevo periodo de la Cofradía.

Gracias, José Francisco. Te deseo la mejor de las suertes, porque tu buena labor y la de la Junta de Gobierno que tú has propuesto, tendrá su reflejo en la Hermandad.

La #mereaverde, hashtag que habéis introducido y popularizado entre nuestros seguidores en las Redes Sociales, llegará a la orilla merecida y deseada.

Con este objetivo, recordad siempre: “Veritas liberabit vos”, locución latina de la vulgata del Evangelio de San Juan que se traduce, como sabéis, por la verdad os hará libres y que constituye el lema fundacional de la Hermandad, apareciendo bordado en oro en el estandarte de la sección del Cristo desde 1945.

Esta noche, quiero traeros algunos apuntes de mi vida, de mi vida cofrade, compartirlos con vosotros.

Dicho lo cual, solo manifiesto un deseo: espero, de corazón, estar a la altura.

Una vez aceptada la responsabilidad, surgen las preguntas que en forma de dudas y respuestas se han convertido en el hilo argumental de mis palabras:

¿Qué esperan que pueda aportar?

¿Qué decir a los hermanos de mi Cofradía, que sienten tanto o más cariño y respeto por ella que yo?

Las dudas se disiparon pronto porque, como os decía, ya había entendido que se trata de compartir.

Pensé: no eres un extraño, acudes esta noche aquí a hablar con tus hermanos en nuestra casa, de nuestro Padre, Jesús en su Oración en el Huerto y

nuestra Madre, María del Amor y la Esperanza, y de lo que nos une a ellos: la devoción y su glorificación.

Me dije: Jesús, haz sonar tu campana, que se abra tu corazón y fluyan tus palabras. Como se han abierto las puertas de la Catedral, para la salida de la Cruz de Guía de la Hermandad, tantos años.

Efectivamente, vengo a compartir y el tiempo vivido y dedicado a los Estudiantes, me da la posibilidad de poderlo hacer con vivencias y sentimientos.

En mi intervención observaréis, inevitablemente, la deformación profesional vinculada a lo académico, en particular a las Ciencias Sociales, a la Historia, a la Historia del Arte y a la difusión y defensa del Patrimonio Cultural.

Además, he sido un ferviente admirador e investigador de la religiosidad popular. Expresión de espiritualidad que alcanza su máxima exponente, junto a las conmemoraciones y celebraciones misterico-litúrgicas, en la Semana Santa.

Admiro y defiendo las manifestaciones culturales que emanan del pueblo, que las protagoniza y en las que participa de forma activa, adaptándolas a las necesidades sociales y culturales de cada época.

## **COMPARTIR VIVENCIAS**

En este momento, es inevitable traer el recuerdo de mi primer contacto con la Cofradía, que se tradujo también en mi primera procesión. Corrían los días previos a la Semana Santa de 1969, cuando un niño preadolescente, creyéndose ya mayor para seguir procesionando con los “niños hebreos” el Domingo de Ramos, decidió ponerse un capirote. Como si eso significara dar un paso hacia la madurez cofrade.

Recordando que un amigo de mi familia me había hablado con entusiasmo de su Cofradía, la de los Estudiantes, y que ésta, además, llamaba mi atención infantil, por llevar a la cintura un cingulo de esparto y cargar con una cruz de madera, atravesé la Almería de entonces, desde San Sebastián, mi parroquia en aquella época, hasta la Catedral de la Encarnación. Desde el histórico “Barrio de las huertas” en la Almería extramuros a la sede de nuestra diócesis, ya intramuros y corazón del “Casco Antiguo”.

Entré al templo sin compañía alguna, lo percibí alto, oscuro y frío. Alguien me indicó que debía cruzar sus naves y dirigirme al extremo del crucero, donde encontraría el acceso al claustro. En el zaguán, previo, hallaría una estrecha escalera que debía subir.

Recuerdo que sentí algo de miedo porque solo oía el sonido de un transistor de radio en la parte más alta. Al temor respetuoso, se unió la inseguridad al subir aquellos infames, por irregulares, escalones.

Cuando llegué, me tranquilicé porque allí encontré al amigo del que os he hablado, era José Díez, hombre del barrio, conocido entre sus amistades como “Pepín”.

Él se encargó durante años del reparto de túnicas, entonces era muy distinto a como se hace hoy. Algunos de los que me escucháis lo recordareis perfectamente y lo haréis, con seguridad, sentado en aquel banco arcón en el que se guardaban, según supe después, algunos enseres.

Aquel día, me proporcionó mi primer “traje de penitente”, hábito de nazareno no era de uso en la Almería de entonces, como tampoco lo era capirote al que llamábamos “capuchón”.

De allí salí con mi traje y mi ficha de hermano, lo que motivó que mensualmente llegara a mi domicilio, de la mano de un cobrador, un pequeño cartoncito como justificante del pago de la cuota estipulada.

¡Yo ya era de Estudiantes!

Durante varios años, pocos, acudí a la cita a cargar mi cruz con el orgullo, a veces vehemente, de la adolescencia. Recuerdo que lo de dormir mal la noche anterior, tras revisar que todo estuviese en orden para cuando llegase la hora, se convirtió en algo habitual.

En los primeros años de la década de los setenta, por circunstancias escolares, coincidí en las aulas del Colegio de La Salle con un hijo de D. José López Gay y D<sup>a</sup>. Carmen Belda, fundadores de nuestra Hermandad a los que he tenido la suerte de conocer y tratar personalmente.

Él me animó a participar más activamente y con compromiso en la Cofradía y lo consiguió. Tanto que fue quien me cedió su hábito de nazareno de capa de la sección del Cristo, privilegio que había ganado por mi trabajo.

A los pocos años, apenas habían pasado cinco, el niño que llegaba despistado tiempos antes se incorporaba a la Junta de Gobierno.

Además, fue decisiva entonces y lo ha sido siempre en mi vida cofrade, mi relación personal de amistad y auténtica hermandad y cariño con José Luis Cantón. Con él y otras muchas personas, he vivido momentos de ilusión, trabajo y proyectos, exitosos y fallidos. Hemos tenido aciertos y errores que han forjado nuestro ser cofrade, raíz inmediata de lo que somos hoy.

¡Un muy cariñoso abrazo, José Luis!

En aquellos años, un grupo extremadamente joven, con mucha ilusión y liderado, por otro joven, Pedro Pavón, tomamos la dirección de la Cofradía.

Fue una incierta andadura por la Semana Santa de Almería capital. Años difíciles y cargados de retos que la osadía de la juventud y el amor por lo que hacíamos superaron, con más o menos éxito, y cuya primera consecuencia fue no dejar de procesionar ningún año en el periodo de mayor declive de la Semana Mayor Almeriense.

Sin ser conscientes de ello, fuimos el rescoldo que mantuvo viva la Semana Santa de la capital almeriense en los años más críticos y nos convertimos, además, en lugar de formación de futuros cofrades de otras hermandades, hoy señeras en la ciudad.

En todo este tiempo, he compartido vida cofrade y amistad con muchas personas, con algunas de ellas lo sigo haciendo y otras, ya desaparecidas, siempre estarán en mi recuerdo y mi corazón cofrade. Me siento muy satisfecho de lo vivido y compartido con unas y otras.

De aquellos años, habréis oído anécdotas de todo tipo, unas son reales y otras son producto de la exageración del imaginario colectivo, pero todas se hacían desde el respeto a lo central, la devoción y el inmenso cariño a nuestros titulares.

No puedo abandonar este apartado dedicado a compartir mis recuerdos, sin traer a mi memoria, las noches del Martes Santo en las que prácticamente todo estaba por hacer, la “vida de hermandad” de entonces, no exagero nada, comenzaba cuando tomábamos las vacaciones escolares de Semana Santa.

Aquellos Martes Santos que desde primeras horas de la tarde se convertían en una lucha contra el reloj que debía acabar a mediodía del Miércoles Santo y en las que se hacía todo lo necesario. Un grupo de personas nos poníamos “manos a la obra” para ir conformando lo que serían los pasos de nuestros titulares: se colocaba la candelería, se cortaba la cera, se recolectaba la anea con la que se confeccionaba la maroma que habría de soportar el escaso exorno floral de los pasos de entonces, flores que a veces, como habréis oído, recolectábamos a última hora en la “floristería”, por llamarlo así, más cercana; agachados en un jardín o encaramados a una tapia sobre el techo del coche de algún hermano.

En este momento, en el recuerdo de aquellas noches, deseo tener una especial mención a las mujeres de la Hermandad. Desde entonces, trabajadoras incansables para que todo estuviese en orden, siempre dispuestas a asumir cualquier responsabilidad necesaria. Cierro los ojos y las veo junto a cubos de flores preparándolas que los frisos, jarras ánforas.

Hoy, en otros tiempos, la presencia de la mujer en la cofradía es más que significativa. Encontrándonos, como no podría ser otre manera, en condiciones de igualdad total. Mi más sincero reconocimiento, amistad y cariño. A las de entonces y a las de ahora.

Volviendo al Martes Santo, todo iba tomando forma a lo largo de aquella tarde-noche que, tras una parada en torno a las 6 de la madrugada en la que se acercaba el paso de Nuestra Señora al cancel de la Catedral para lo que fue el origen de la actual Plagaría y cuyo fin era pedir a la Santísima Virgen que no lloviese, terminaba a media mañana, junto al trascoro, con la colocación de las

flores y los ajustes de última hora. Se marchaba a otro tempo, se utilizaban otras formas, con el mismo fin.

Si tuviésemos que buscar un rasgo que caracterizara aquella época, tendríamos que hablar de precariedad económica. Debo traeros esta noche dos hechos que vienen a mis recuerdos y que os permitirán haceros una idea de cuál fue la situación en la década de los setenta: cambiamos nuestro itinerario y procesionamos por los pies de la Alcazaba, renunciando a hacerlo por el Paseo de Almería porque los negocios de la calle principal se negaron a ayudarnos económicamente.

Además, nos hicimos cargo de la procesión del Santo Sepulcro para aprovechar que el Ayuntamiento subvencionaba las flores por tratarse de la oficial. Estas se utilizaban con nuestros titulares y eran conservadas del Miércoles al Viernes Santo, día en el que cambiamos los capirotos rojos de nuestro hábito por los negros de la Hermandad del “Entierro”, como muestra de reconocimiento y distinción.

Finalizo así la referencia a mis primeros años, pero no deseo hacerlo sin dedicar una especial mención a dos personas que fueron, cada uno a su manera y desde su posición, referentes e impulsores de la Semana Santa de esta ciudad en aquellos años y germen, por tanto, de que es hoy: D. Juan López Martín y Pedro Pavón Espín. Creo que los “Estudiantes” les debemos mucho y mucho les debe, también, la Semana Santa de Almería.

¡Gracias, D. Juan! ¡Gracias, Pedro!

De esta manera, empezaron mis Miércoles Santos, día muy significativo en mi vida y que desde muy pronto se convirtieron a nivel personal en que lo que son hoy.

Por razones que todos conocéis, trasladé mi residencia cofrade a la cercanísima calle General Castaños, donde acudo desde entonces, año tras año, a vestir mi hábito penitencial que es cuidadosamente tratado y conservado.

De aquellos años, entre el 76 y el 83, recuerdo cumplir el ritual de revestirme, mientras mi suegra ultimaba con mucho mimo y precisión los peinados para colocar las peinetas donde coger las mantillas de sus hijas. Todo aquello lo vivíamos envueltos en olor a canela, raspadura de limón, azúcar y anís dulce.

Con el tiempo y la vida, aumenta la familia y pasamos de dos o tres personas a las diez que hoy, tras degustar y compartir algunos dulces de cuaresma, acudimos a nuestros personalizados percheros. Ahora, es mi cuñada Albina quien los prepara con precisión y una gran dosis de cariño a lo que significa: hábito, capirote, cingulo, guantes...todo ello sujeto con imperdibles, marcados con etiquetas y distribuidos por la casa, como si del vestuario de un equipo deportivo se tratase.

Nos preparamos con una secuencia de movimientos que varía muy poco de un año a otro y salimos en dirección a la Catedral donde nos esperan Nuestro Padre y Nuestra Madre para su salida en procesión de penitencial.

En los últimos años, un nuevo olor ambiental se ha unido a estos momentos previos: el incienso quemado por los más pequeños de la familia y por las no tan pequeños, pero sí apasionadas de estas fragancias.

## **A NUESTROS TITULARES**

Los que me conocéis bien, sabéis que tengo una particular forma de vivir mi religiosidad, incluso mi rebeldía a veces ante los protocolos, pero también conocéis mi respeto total por todo lo que significa la Hermandad y sus titulares.

Desde esta posición, os cuento:

Si hubiese formado parte del grupo fundador de la Hermandad, os aseguro que hubiera elegido el pasaje evangélico y la advocación de la Virgen que representan nuestros titulares: Jesús en Getsemaní y María, su madre, del Amor y la Esperanza.

¡Ambas advocaciones tan cercanas a nuestra condición humana!

La debilidad como hombre y la aceptación de la voluntad del Padre como hijo de Dios y el Amor y la Esperanza como necesidad para vivir.

¿Acaso se puede vivir sin amor y esperanza?

Desde niño, cuando me narraban la Pasión de Jesús, me llamaba especialmente la atención el pasaje evangélico de Getsemaní.

Mi mente infantil, que no alcanzaba aún a considerar otros aspectos, se preguntaba algo muy normal: ¿cómo y por qué un hombre acepta esa vivencia?

La respuesta se oscurecía más aún cuando me explicaban que Jesús era conoedor de su destino.

Reflexionaba, entonces, ¿cuánto misterio entraña que un hombre, con la condición de tal, sufriera tanto miedo que sudase sangre y que aun así siguiese adelante?

Es obvio, que aquellas dudas y preguntas tuvieron respuesta con el tiempo, conforme avanzaba en mi formación: la divinidad de Cristo y la aceptación de la voluntad del Padre.

¡Él, es Dios hecho hombre!

Con posterioridad a esas primeras reflexiones adolescentes y juveniles, siendo ya estudiante y estudioso de Historia del Arte, a la vez que cofrade, supe de la importancia de las manifestaciones artísticas inspiradas por sentimientos religiosos cristianos, creadas para ilustrar, complementar y representar de una forma tangible el mensaje cristiano, con especial significación de los pasajes bíblicos y evangélicos. Fue entonces cuando nació mi interés por cómo se había tratado en la historia del arte, el lugar y momento evangélico de la Oración en el Huerto de Getsemaní.

Comprobé que, al margen de tener una escasa presencia, se da una importante transformación, desde una representación simbólica y estática hacia una intensificación emocional, naturalista y dramática de la angustia de Cristo.

Así, en la Edad Media las representaciones eran simples y funcionales, centradas en la narrativa evangélica. Se solía incluir solo el cáliz y el ángel confortador, hasta que a finales del Gótico se avanza hacia el naturalismo, con una incipiente preocupación por el entorno, pero todavía con una excesiva rigidez en las figuras.

Durante el Renacimiento, con el humanismo, se comienza a prestar más atención a las emociones de Cristo que además se sitúan en un entorno reconocible, se experimenta con la perspectiva y la colocación de los otros personajes, con frecuencia representados en posturas complejas de movimiento.

En el Barroco y periodos posteriores, la expresividad extrema y la incorporación de elementos narrativos añaden dramatismo a las escenas. La escultura gana presencia y las imágenes concebidas para la Semana Santa adquieren un espacial protagonismo.

En definitiva, la escena pasó del relato bíblico formal del medievo, a un estudio de la naturaleza y la emoción humana en época renacentista; y culmina en una experiencia dramática y teológica de la angustia de Dios-Hombre, que alcanza su máxima expresión en el Barroco.

Hay dos pasajes en los que encontramos al Jesús más humano:

Aceptando la Pasión en Getsemaní mediante las palabras: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Y haciendo lo mismo con la Muerte en la Cruz en el Gólgota, con la última de las siete palabras: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Quizás, por eso se nos muestra más cercano y nos es más fácil identificarnos con Él, al margen de asumir su sentido catequético y entender que debemos aceptar la voluntad Dios, como hijos suyos.

Nuestra vida está surcada por innumerables huertos de Getsemaní, donde vivencias, dudas, anhelos y sufrimientos se hacen presentes.

¡Cuántas veces, Padre, ¡he buscado tu mirada! Esa mirada serena, plena de comprensión y bondad que tu imagen posee. Signo de algo más profundo: ¡tu infinita generosidad!

Mi relación, con nuestro Padre Jesús, con nuestro Cristo, con “El Maestro”, como gustáis llamarlo ahora, con su imagen y su paso ha sido larga y estrecha.

¡Querido Padre Jesús, te he izado a tu trono, he empujado tu paso cuando se movía sobre ruedas, te he portado, te he acompañado en tu procesionar catequético cada Miércoles Santo como nazareno, diputado de tu sección y diputado mayor, pero sobre todo te he mirado y siempre me he visto correspondido!

La imagen de José Martínez Puertas, escultor que logra mediante el uso de la madera policromada y estofada en combinación con el realismo y la expresividad, una profunda conexión emocional. Consigue, además, a través del detalle en los ropajes que pliegan y caen sobre el cuerpo, y de la anatomía, especialmente en el rostro y las manos, transmitir sentimientos de dolor, devoción y serenidad en la mirada.

Como prueba de que este sentimiento es general, os traigo el final de una oración recuperada de la página oficial de la Catedral de Sigüenza dedicada a Jesús de Getsemaní, con la que me identifico plenamente:

“Mírame, míranos, Señor de Getsemaní.

Infunde y refleja la luz de tu mirada tan amada y anhelada  
a través de la luna, de la primera luna llena de la primavera”

¡No, no me olvido de ti, Madre del Amor y la Esperanza!

¿Cómo iba a hacerlo?

Queridos hermanos estudiantes, Nuestra Señora, la Virgen del Amor y la Esperanza, posee una indudable belleza reconocida por todo aquel que la observa y mucho más por todo aquel que la honra con su devoción.

Sin duda, el buen hacer de la gubia de Antonio Castillo Lastrucci, imaginero dominador del arte de dar vida a la madera y capaz de esculpir los rostros de las imágenes de dolorosas neobarrocas con una sutil belleza y rasgos juveniles a base de expresivos policromados con finas veladuras rosáceas y anaranjadas, tuvo un bellissimo fruto.

La advocación de la Esperanza se origina en dos situaciones: La Virgen en su gestación, "Expectación del Parto" o "Virgen de la O". Y la Virgen en la Resurrección de Cristo, que se vincula a la serenidad y espera del triunfo sobre la muerte.

La primera, nuestra advocación, se remonta al Concilio de Toledo (año 656) y se relaciona con las "antífonas mayores" del Adviento que se cantan entre el 17 y el 23 de diciembre que comienzan por la interjección "Oh".

La Esperanza es una de las virtudes teologales cristianas, junto con la Fe y la Caridad. Se define como la virtud por la cual se desea y confía en alcanzar el reino de los cielos y la vida eterna, confiando en las promesas de Cristo y apoyándose en la gracia del Espíritu Santo en lugar de en las propias fuerzas.

Además, como afirma en sus escritos, el dominico y teólogo Martín Gelabert:

*“La esperanza es una realidad humana, una dimensión antropológica fundamental, uno de los modos de ser más radicales y permanentes, pues en todo ser humano hay una espera de seguir viviendo y un deseo de vivir mejor. Siempre estamos abiertos al porvenir, siempre esperamos algo. Y en todo lo que esperamos buscamos la felicidad”.*

En palabras del Papa Francisco:

*“La esperanza cristiana es tener la certeza de que estoy en el camino hacia algo que es, y no lo que yo quiero que sea”*

Desde esta creencia, te imploro, Virgen bendita de la Esperanza.

¡Madre, protégenos del desánimo, el desaliento y la zozobra cuando nos alcancen y nos desarmen!

¡Que tu imagen dolorosa nos reanime y nos reafirme en la espera, cuando nos sintamos desfallecer!

¡Que veamos la luz junto a ti, cuando las propias fuerzas no alcancen y el horizonte se llene de nubarrones!

¡Guíanos para que sepamos llevar esperanza a los que caminan a nuestro lado!

## **ESCENAS A LA VISTA DE ESTE DIPUTADO MAYOR**

Continuando con la intención de mis palabras: compartir sentimientos y vivencias, no puedo evitar hacer referencia a nuestra procesión.

No deseo hacerlo como espectador, posición que cualquier persona podría ocupar en los variados rincones del itinerario y que ha sido descrita recurrentemente en otros pregones y relatos.

Quiero y necesito hacerlo desde la posición y responsabilidad que la Hermandad me ha encomendado durante mucho tiempo, no recuerdo cuánto con exactitud, y que escasamente una decena de hermanos han desempeñado a lo largo de los 80 años de vida de la Cofradía: la de Diputado Mayor de Gobierno. Os puedo asegurar que es una función complicada, que solo los que la han vivido, conocen bien.

Lo que os voy a decir lo he compartido con quienes me han antecedido y, por supuesto quien me ha sucedido, que como todos sabéis es mi hija mayor, para mí un grandísimo orgullo ya que ha forjado su experiencia sobre el mismo yunque y ha asumido esta misión con la misma dedicación y cariño que he intentado hacerlo hecho yo.

Para los diputados mayores, la procesión no deja espacio a la paz y al recogimiento, es un tiempo de trabajo y ejercicio de responsabilidad que compartes con otro grupo de personas: los diputados tramo, fiscales de paso y capataces de las cuadrillas de costaleros.

La preparación del cortejo la conocéis sobradamente y su gestión en la calle, exige una especial y permanente atención. Trabajo, responsabilidad y

atención que no tendría sentido sin el fin último que se persigue y en el que todos los participantes tienen su papel.

Para que experimentéis esta vivencia, os pido ahora que me acompañéis, que cerréis vuestros ojos y los volváis a abrir bajo mi antifaz, que ajustado a la cabeza solo me permite mirar y ver a través a los ojales abiertos en él.

Os voy a llevar a cuatro momentos, cuatro escenas significativas para mí, que con seguridad no coincidirán con las vuestras. Son tantas, que me ha costado mucho elegir las.

Para organizar la narración, he decidido seguir la estructura de una representación teatral, configurada en actos y escenas y con los recursos secundarios para relacionarse con el público espectador.

¡Juguemos ese doble rol, según el momento!

Recordemos que, aunque con tradiciones dramáticas y espacios escénicos distintos, las procesiones de Semana Santa y los autos sacramentales del barroco tienen raíces comunes en el teatro religioso medieval que inspiraron las representaciones en los atrios de los templos primero y las salidas procesionales públicas después.

Ambas convergen en la tradición cultural española como vehículos de catequesis pública.

Doy paso a las cuatro escenas a las que deseo llevaros:

**Abrimos el telón, salimos a escena.**

Tras semanas de preparación y ya en el templo, hemos hecho el trabajo, organizado el cortejo, realizado nuestras oraciones previas.

¡Llega el momento esperado!

Son las 8 de la tarde de cualquier Miércoles Santo, nuestro diputado que encabeza la procesión junto a la Cruz de Guía, tras un gesto entre ambos, a veces una simple mirada, abre la puerta de la Catedral.

Salimos, seguid conmigo, tañemos la campana, ya estamos en la calle y la Plaza de la Catedral, repleta de público, nos espera. Respiramos profundamente para aliviar un corazón acelerado y damos paso al cortejo.

Quedaos y contemplad lo que tantas veces habéis vivido, la salida de la sección del Señor de la Oración, cuyo paso arrancará los aplausos de los asistentes en el momento de pisar la plaza. Mientras tanto, me adelanto con la cabeza del cortejo. Pero no os alejéis mucho, os volveré a invitar a compartir mi intimidad.

Han transcurrido aproximadamente 30 minutos, volved conmigo que es la Esperanza la que se acerca muy lenta al cancel, escuchad el rastrear acompasado de los pies de los costaleros que la cargan y los fervorosos gritos de alabanza a Nuestra Señora, mientras se abre camino.

Su hijo, ya ha reverenciado a las monjas del Convento de las Puras, y la espera más adelante. Volvemos a tomar aire, el primer paso está dado, nos

adelantamos a la cabeza de la procesión y damos tiempo a que la Virgen cubra su visita a nuestras hermanas protectoras, instante de tradición ya consolidada en la historia de “Estudiantes”.

La Señora de la Esperanza ya se encuentra frente a la puerta de la iglesia conventual, la voz de la fiscal de paso así me lo avisa.

Mientras retrocedo, escucho las notas de “Esperanza en las Puras”, composición musical que el guitarrista almeriense, Guillermo Fernández, dedica a la Virgen en esta visita a la que fuera su sede durante años, bajo la dulce mano de las monjas de clausura, nuestras protectoras concepcionistas.

¡Se trata, de un momento íntimo que hacemos público!

### **Rompemos “la cuarta pared”.**

Rompemos la pared invisible e imaginaria que define el director teatral André Antonie como la que está al frente del escenario y que constituye una barrera cuya ruptura es necesaria para la comunicación con el espectador.

Os explico: Hemos recorrido poco trayecto, aunque ya muy intenso, ha caído completamente la noche, la escena ante mis ojos ha variado. Volved conmigo que quiero compartir aquí otros instantes singulares en los que se conjugan dos elementos, el casco histórico, nuestro casco antiguo, y la luz de la cera de los pasos de los sagrados titulares de la Hermandad.

Ahora son, barrio y cera los protagonistas. Las calles de la Almedina y Estrella reciben nuestra visita, la voluntad y el sentido catequético de la procesión adquieren una estética especial. El ángulo que conforman ambas calles y su estrechez propician y favorecen lo que os digo.

Acompañamos a la Cruz de Guía hasta el final del tramo del itinerario que os propongo. Mientras lo hacemos, vemos ascender al “Maestro” por la calle de la Almedina, la cúpula oscura, la luz de la cera, faroles y fanales, con las fachadas de la calle, hacen el resto. La mirada de Jesús, en la combinación de serenidad y sufrimiento, se manifiesta en plenitud. ¿Veis lo que yo percibo? Seguro que sí, no puede ser de otra manera.

Os dejo aquí, con la Señora, que camina hacia la sede de la Asociación de Vecinos del Casco Histórico. Os espero al final de la calle Estrella, cuando la sección de la Virgen de la Esperanza comience su entrada en la calle, disfrutad de lo que acontece, mientras sigo con mi tarea.

Si volvéis conmigo, podréis contemplar uno de los momentos estéticamente más bellos de la Cofradía en la calle: acompañamos a la Cruz Parroquial que abre el cortejo de la Virgen, vemos aparecer el palio, esplendoroso de luz y flor, el rostro juvenil de la Esperanza se convierte en el centro de las miradas. Ante ella se abre un estrecho camino perfectamente organizado y marcado por la iluminación estrellada de los cirios nazarenos que la escoltan.

La belleza del momento es inmensa, tenemos una vivencia especial que aúna la realidad con lo intangible y simbólico, aquello que en lenguaje teatral se denomina “relación escena-público”.

Este último no es solo un receptor pasivo, sino un participante activo que, a través de su energía y reacciones, da sentido a lo que sucede, enriqueciendo la experiencia con su presencia y retroalimentación, a menudo más poderosa en espacios no convencionales, como sucede aquí, en la calle.

¡La “cuarta pared” se ha roto del todo!

**Visitamos el Santuario de la Patrona, máxima expresión de la religiosidad popular.**

La visita a la Virgen del Mar constituye un hito importante en la procesión.

Independientemente de las condiciones en las que se realice y al margen de las características estéticas de la escena, sustentadas por el sencillo, pero muy emotivo decorado de la fachada principal de la Iglesia Conventual de Santo Domingo de Guzmán, la religiosidad popular adquiere aquí su máximo exponente: Jesús Orante en Getsemaní y María Santísima del Amor y la Esperanza estacionan penitencialmente ante la Virgen del Mar.

Pasión y gloria, dos vertientes de la religiosidad popular, se acercan y conviven por unos instantes, en el tiempo litúrgico de la primera.

Las imágenes de las dos advocaciones de María Santísima, de la Esperanza y del Mar, cara a cara. Ni el cansancio ya acumulado en nuestros pies, evita que vivamos el sentimiento y la emotividad especial de ese momento.

**Epílogo y caída del telón. ...., al templo.**

Diferentes circunstancias, propias y ajenas, nos han obligado a cambiar las acotaciones escénicas de nuestro guion, las que indican la colocación de los actores en el espacio, en este caso el acceso al último acto, la llegada al templo.

Entre ellos, os propongo que me acompañéis a la calle Lope de Vega.

El escenario que enmarcan la calle Real, la calle Lope de Vega y la Plaza de la Catedral, junto a la proximidad del final, constituyen el marco necesario para ello. El cansancio es manifiesto en todos componentes del cortejo, pero lejos de ser un inconveniente es un acicate y el público que nos espera arrima su cerviz a la trabajadera extra que se necesita.

Volved a mis ojos y contemplad conmigo lo que os narro. Es posible que oigáis mi acelerado corazón que se emociona en uno de los brillantes momentos de la procesión, emoción que ahora si dejo libre porque el trabajo ya está prácticamente terminado: alcanzamos con la Cruz de Guía la esquina de Lope de Vega con Beatriz de Silva, retrocedemos lentamente hasta que “el Maestro” realice la revirá en la esquina de la calle.

Sé que son instantes especiales para los costaleros del Cristo, muy especiales porque dan a su andar todo el mimo, cariño y armonía de los que son capaces. Hacen la calle completa de una chicotá, con la elegancia que los caracteriza. Son momentos de desorden, de bulla, que inevitablemente acumula muchedumbre en torno al paso. El público se integra de esta manera en el cortejo y nosotros entre ellos.

Mirad atentos, es otro de las escenas más esperadas: la sección del Misterio hace su entrada al templo, el “Maestro” realiza su última revirá a los sones de la Agrupación Musical Nuestra Señora del Mar (la “Agrupa”, la “novena trabajadera”) que acompañará el buen hacer de la cuadrilla, entrando tras Él hasta el final.

¡Cuántos son los nombres de entrañables amigos que han sido los pies y los ojos de este paso durante años! A ellos dedico un especial recuerdo.

Nombrarlos sería interminable y seguro que olvidaría a alguien. ¡Os admiro, os quiero y respeto!

Volved a la esquina del Palacio Episcopal, ved venir el paso de la Virgen hasta su llegada a la Plaza de la Catedral, ahora es Ella la que se convierte en el centro de atención de todos los presentes e incluso en el interior del templo.

Nuestra Señora del Amor y la Esperanza es la única protagonista sobre el escenario, el movimiento del palio, la luz que ilumina el paso y la belleza de su decoración floral realzan su presencia en la plaza, mientras los costaleros la aproximan sobre los pies, a la puerta.

Estoy en el interior la Catedral, aquí me he colocado durante años buscando la perspectiva de entrada del paso a la vez que observo el comportamiento del resto del cortejo, ya en el templo. Todos estamos pendientes de la entrada del palio, será el epílogo de nuestra obra, de nuestra catequesis.

El bello manto de la Esperanza sirve también de telón final a la procesión. Cubre ya el cancel del templo, mientras la Virgen camina con lentitud y suavidad hacia su interior.

¡Cae así el telón! ¡Se cierra la puerta!

Mientras los capataces ordenan la adecuada colocación de los pasos en las naves de la Catedral, y los hermanos nos abrazamos felicitándonos por haber cumplido nuestro objetivo, el diputado mayor, sea quien sea, repasará todo el recorrido, solo él o ella es totalmente consciente de lo ocurrido, de lo transmitido.

¡Comienza, en estos momentos, a gestarse en su mente la procesión del próximo año!

Al fondo, en el trascoro, los capataces ordenan la última arriá de los pasos.

Lo hacen a la voz contundente y respetuosa de ¡“Ahí quedó”!

¡Aquí quedan, también, mis palabras!



*Entrega de un recuerdo al pregonero*



*Carmen Salmerón, presentadora*



*Andrea Salvador, mantenedora*



*Junta de Gobierno*